

La bella durmiente

Hace mucho tiempo, había una pareja de reyes que pasaban sus días diciéndole:

« ¡Oh! ¡Querido vamos a poder tener un hijo! ¡Berta tan maravillosa!»

Sin embargo, pasaban los meses y nunca habían logrado concebirla. Un buen día, mientras la reina tomaba un baño en el lago, una rana saltó desde el agua a la tierra, diciendo:

« ¡En protesta, el hijo que esperas llegará en un año, tu deseo se cumplirá y una niña tendrás».

La reina se quedó frustrada, pero al cabo de un año, tal y como la rana había vaticinado, la hija de la princesa había llegado.

Fue hermosa era la niña, que el rey estaba lleno de regocijo y para compartir con todos increíble felicidad, ordenó que se organizase una fiesta.

El rey invitó a toda el mundo, desde sus familiares, pasando por amigos y conocidos, hasta un grupo de hadas, para que fueren amables y bondadosas con la princesa.

En total eran trece hadas, pero el rey sólo tenía disponibles doce platos de oro para servirlos y por ello tuvo que descartar a una de ellas.

La fiesta fue inigualable, un espectáculo maravilloso y una vez llegada a su fin, las hadas empezaron a colmar a la princesa con los regalos más increíbles que nunca antes nadie podría imaginar: la primera regaló «Virtud»; la segunda «Belleza»; la

tercera «Riqueza» y así fueron procediendo las demás, obsequiándose con todas las cosas que todas siempre habían querido alcanzar.

Una vez que la undécima de ellas entregó sus regalos, la N.º 13 entró de manera repentina.

Quería vengarse por haber sido despreciada; así que sin previo aviso ni contemplaciones, exclamó:

— "¡Cuanto la princesa cumpla los quince años de edad, su deuda pagará con su hilar y arrojada muerta caerá!"

Sin decir otra cosa y entre una multitud consternada, se dio la media vuelta para marcharse del salón.

Sin embargo, la duodécima no había devuelto aun cuál sería su regalo. Así

que se colocó frente la curva de la princesa; y aunque no podía disolver el encantamiento del hada malvada, sí que podía disminuir su fatalidad.

Con una voz muy serena, dijo:

== "La princesa no morirá pero dormirá profundamente los siguientes cien años!"

El rey utilizó todo lo que estaba a su alcance para evitar que ocurriera aquella terrible sentencia. Bajo sus órdenes, todas las máquinas de hilanderas que estaban en el reino fueron destruidas.

Por otro lado, los regalos que habían obsequiado las otras doce hadas comenzaban a materializarse. Así, la princesa era hermosa, modesta, sabia, con una naturaleza bondadosa y todos

los que la conocían sentían un cariño muy profundo hacia ella.

Por cosas del destino, en el quince cumpleaños de la princesa, los reyes no se encontraban en el palacio real, la princesa estaba sola. Nunca antes había ocurrido eso y, por ella, aprovechó para explorar cada rincón del palacio.

Entraba en dormitorios y habitaciones que aun no había visitado y así prosiguió hasta que llegó a una antigua torre.

Subiendo por unas escaleras de caracol, que tenían interminables, la princesa siguió hasta encontrar una pequeña puerta. Una vieja y oxidada llave estaba puesta en la cerradura, cuando la giró, la puerta se abrió inmediatamente.

En el cuarto encontró a una
ancianita, quien se encontraba
tejiendo lana.

"Buenos días, señora, ¿qué es eso que
está haciendo?" = preguntó la princesa.

"Estoy tejiendo lana" = respondió la
anciana.

"¿Y qué es esa casa que da vueltas y
suena tan bonito?" = le replicó, sin
respuesta alguna por parte de la
señora.

La princesa entonces, incitada por su
curiosidad, se acercó al huso para
comenzar a hilar. Pero al más mínimo
de los contactos, se cumplió el hechizo
del hada N^o 13: la princesa se pinchó
el dedo y cayó en un profundo sueño.

El hechizo era más poderoso de lo que todos creían y así el sueño de la princesa se extendió por todo el palacio.

Los reyes, justo acababan de entrar en el salón del palacio, ¡pero ellos también cayeron dormidos!

Y además, también los caballos en el establo, los perros en el jardín, las aves en los nidos del techo, las moscas quedaron pegadas a las paredes ¡y hasta el fuego de la cocina se extinguió!

La carne que se estaba cocinando paró su cocción y el cocinero, quien estaba muy pendiente de todo, cayó también dormido. El viento se congeló y, en la vegetación adyacente al castillo, no se movía ni una sola hoja.

En las alrededores del palacio, comenzó a crecer una enmarañada red de

espinos, los cuales crecieron año tras año, hasta el punto que terminaron rodeando el castillo completamente; no se veía siquiera una bandera en el techo.

Sin embargo, la historia de la "Preciosa Aurora" también conocida como la bella durmiente, se esparció por toda el reino, lo cual atrajo a muchos príncipes, quienes intentaban atravesar el muro de espinos para finalmente alcanzar el palacio.

Era físicamente imposible. Los espinos parecían tener manos y estar agarrados fuertemente los unos con otros, hasta tal punto que los jóvenes quedaban inmovilizados en ellos y sin poder escapar, terminando así con una muerte terrorífica.

Otro año pasaron.

Un joven impetuoso escuchaba atentamente a un anciano mientras hablaba de la pared de espinos, pues según los rumores, detrás de la impenetrable pared se encontraba una hermosa princesa, a la que todos llamaban «la Bella Durmiente»; pues durante más de un siglo había permanecido dormida a causa del malvado hechizo del hada.

El joven príncipe había escuchado de su abuela que muchos otros hijos de reyes se habían aventurado para intentar atravesar la pared de espinos, pero que habían quedado atrapados en ellos y nunca antes pudieron regresar.

En ese momento, el príncipe dijo:

«No siento temor, iré a ver a la Bella Durmiente y la declararé mi amor!»

El anciano intentó disuadir al príncipe de su decisión, pero este no le escuchó y su marcha continuó.

Para la fortuna del príncipe, los cien años que duraría el hechizo ya se habían cumplido. El día en que la bella durmiente despertase, estaba a punto de concretarse.

En cuanto el príncipe se acercó a las proximidades del palacio, encontró hermosas flores en lugar de mortales espinos; estas parecían que delimitaban un camino, lo que permitió pasar al príncipe sin siquiera salir herido. A su paso, las flores tras él enseguida se cerraban.

Pasando por el establo, observó a los caballos y, una vez entrado en el jardín, veía a los perros dormir. En los

aleros del techo, seguían las aves
sornudas en un profundo sueño.

Y al entrar al palacio, las mascotas
seguían posadas sobre las paredes y el
cocinero en la cocina dormía con las
manos sobre las sartenes frías.

El príncipe continuó su marcha, hasta
que se encontró con todos durmieron
en el gran salón. En su trono se
encontraban el rey y la reina, quienes
dormidos aun estaban.

Así, el príncipe prosiguió avanzando. El
silencio era sobornoso, tanto que podía
incluso escuchar los latidos de su
corazón.

Por fin el joven valiente había llegado
hasta la antigua torre, donde se
encontraba la bella durmiente.

Subió por las escaleras y se encontró a la princesa dormida entre flores muy bellas. Su belleza era sublime y el príncipe no podía dejar de observarla.

Su corazón latía con fuerza mientras se acercaba a besarla. Una vez la hizo, la bella durmiente abrió sus ojos, despertó y miró al príncipe con extrema ternura.

Los dos jóvenes bajarán apresurados; en el salón ya todos habían despertado y entre todos se miraban puesto que muy asombrados se encontraban.

Los caballos en el establo sus cuerpos sacudieron.

Los perros despertaron y sus colas menearon, las aves del techo levantaron sus cabezas y en el cielo azul volando se fueron.

Las mascas de la pared por fin se
desprendieron y a revolotear volvieron.

El fuego en la cocina se alzó con
llamas vivas, la carne se cocinó y el
cocinero a todos atendió.

En los días que siguieron, todos
vivieron y rieron; y pasado un buen
tiempo, la Bella Durmiente ahora
convertida otra vez en princesa y el
Príncipe, en matrimonio se unieron,
viviendo juntos y felices hasta el final
de los tiempos.

Y colorín colorado, este cuento se ha
terminado.